DE VISIONARIAS A BEATAS.
EL CARISMÁTICO EJEMPLO DE GUARDAMAR

Antonio Jesús Puigcerver Viudes
Universidad de Alicante

Introducción

El 29 de diciembre de 1735[1] la Iglesia de Santiago Apóstol de Guardamar engalanó sus paredes con los pendones de la ciudad, símbolos religiosos y sonetos; se hizo traer a la música desde Orihuela; y en el centro de la iglesia se instaló un túmulo rodeado de cirios y velas. Todo esto para celebrar unas exequias solemnes, en las que además del correspondiente oficio y sermón –realizado por el padre carmelita Fray Matías Boix– se leyeron sonetos, epitafios, décimas y demás poesías. Y todo en honor de la Venerable Sor Beatriz Ana Ruiz Guill, hija de la Ilustre y Fidelísima Villa de Guardamar.

Los gastos del evento fueron sufragados por el Ayuntamiento[2] y el acto, que había causado una gran expectación, reunió a la mayor parte de los vecinos, quienes quedaron sobrecogidos, tanto por los hechos sobrenaturales que parecieron acontecer en el templo, como por el recuerdo de su amada y venerada vecina Beatriz Ana. ¿Quién era esta Beatriz Ana y qué había hecho para convertirse en el personaje más importante y celebre de su localidad?

Beatriz Ana Ruiz era lo que se denominaba una Beata. El vocablo recogía un amplio número de acepciones[3], ya que podía referirse a aquella mujer que vestía hábito religioso y vivía con recogimiento, sin pertenecer a ninguna comunidad;

1. Ver en PÉREZ, Tomás, *Vida de la venerable madre sor Beatriz Ana Ruiz*, Valencia, Oficina de Pascual García, 1744, en las p. 240 y 241.
2. Archivo Histórico de Guardamar (ARH), Libro Capitular de la Justicia y Regimiento de esta Villa, de Guardamar, de los años 1734, 1735, Cabildo del 30 de julio de 1735.
3. Ver en PONS FUSTER, Francisco, *Místicos, beatas y alumbrados*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991, p. 143. PONS ha sido el iniciador de la investigaciones sobre las beatas valencianas y el que posee la bibliografía más extensa sobre el tema.

también podía significar aquella que vivía con otras en clausura o sin ella bajo cierta regla; o a la mujer que era muy dada a toda clase de devociones. El término hacía referencia a un gran número de casuísticas[4], en las que el denominador común era ser una mujer muy religiosa y no pertenecer a ninguna orden.

Las beatas en la Gobernación de Orihuela

Las beatas existían casi desde el inicio del cristianismo[5], y se dieron con ese nombre u otros en toda la cristiandad. En cuanto al Reino de Valencia en el siglo XVII se dio una edad dorada de esta forma de espiritualidad femenina, estudiada por Francisco Pons, aunque los inicios habría que situarlos en la 2ª mitad del quinientos y sus repercusiones llegarían hasta finales del XVIII. Por lo que hace referencia a la Gobernación de Orihuela hay datos que indican que eran «muchas y ejemplarísimas»[6].

¿Por qué surge esta modalidad de espiritualidad femenina? Hay numerosas causas, pero si hubiera que destacar alguna es la imposibilidad de muchas mujeres de acceder a la vida religiosa, pues los conventos femeninos eran pocos y con escasas plazas[7]. A esto habría que añadir que para entrar en ellos, al igual que ocurría en los matrimonios, había que pagar una dote que solía ser muy alta, lo que impedía a las mujeres de las clases sociales con menos recursos económicos ingresar en estos[8].

Por eso se dieron casos de mujeres que a la espera de poder entrar en un convento se hacían beatas. Por ejemplo, la alicantina Sor Inés de la Cruz[9] (1588-1651) –también llamada Jerónima Nicolini– vistió primero el hábito de beata y lo cambió después por el de monja descalza reformada de San Agustín, entrando en el año 1613 en el convento de S. José y Sª Ana de L'Ollería, donde fue maestra de novicias y luego rigió el monasterio durante veinte años.

Más curiosa fue la vida de la ilicitana Sor Gertrudis de la Santísima Trinidad[10] (1660-1720) quien, tras la muerte de su padre, se casó a los diecisiete años con Francisco González, haciendo voto de castidad durante los nueve años de convivencia matrimonial hasta que ambos ingresaron en religión. Ella, en un primer momento, estuvo como beata bajo el amparo de los franciscanos de Elche y luego

4. Ver en Atienza López, Ángela, «De beaterios a conventos. Nuevas perspectivas sobre el mundo de las beatas en la España Moderna», *Historia Social*, nº 57, 2007, p.145-168.
5. Ver en Pons Fuster, F., *op. cit*., p. 143.
6. Pérez, T., *op. cit*., p. 34 y 239.
7. Ver en Pons Fuster, F., *op. cit*., p. 146-152.
8. Ibídem. Y también en Poska, Allyson y Elizabeth A. Lehfeldt, «Las mujeres y la Iglesia en la España de la Edad Moderna», Dinan, Susan E. y Debra Meyer (ed.s), *Mujeres y religión en el Viejo y el Nuevo Mundo, en la Edad Moderna,* Madrid, Narcea Ediciones, 2002, p. 37-64.
9. Ver en Herrero Herrero, Mª Ángeles, «Escritoras de la Gobernación de Orihuela en los siglos XVII y XVIII», *Uryula,* Vol.1, 2007, p. 71-83.
10. Ibídem, p. 82. Y de la misma autora en «Per manament dle confessor: l'escIat de l'autobiografia femenina en l'edat moderna. El cas del *dietari* espiritual de la il·licitana sor Gretrudis de la Santíssima Trinitat», *Ítaca, Revista de Filología, Núm. 1*, Alacant, Universitat d'Alacant, 2010, p. 179-190.

ingresó en la Segunda Orden –es decir, como monja– en las clarisas franciscanas de Cocentaina, de la que llegó a ser abadesa.

En un principio este tipo de vida religiosa se inició de forma espontánea, por lo que muchas llegaron a ser beatas de forma independiente, como hicieron Salvadora Vives de Alulayes[11] y Catalina Alulayes Fernández[12], ambas vecinas de Guardamar durante el siglo XVII.

Pero también grupos de ellas llegaron a unirse formando beaterios[13], los cuales eran gestionados de forma independiente por las mismas beatas. En el caso de Orihuela conocemos la existencia de dos. El primero fue el de San Miguel de la Peña[14] –en el actual Seminario– fundado en 1445, en el que se instalaron algunas mujeres, iniciando una vida retirada en unas celdas que se habían construido al lado de lo que entonces era una ermita, y que adoptaron la regla de las clarisas.

El otro fue el de Santa Lucía[15], erigido en 1563 para recogimiento de mujeres piadosas y desvalidas por el caballero Joan Alcoriza en dos casas de su propiedad y ampliadas posteriormente con otras cuatro, acogiéndose a la regla de las dominicas. Este beaterio llegó a albergar hasta ochenta y tres mujeres entre viudas y doncellas; en 1603 el inmueble fue transformado en convento de dominicas[16] y las beatas que no pudieron o no quisieron pagar la dote para ingresar en el convento se vieron obligadas a emigrar al beaterio de San Miguel de la Peña.

Por otro lado, durante el final de la Edad Media las órdenes mendicantes: franciscanos, dominicos, agustinos y carmelitas –como parte de su labor de apostolado– fundaron las órdenes terceras destinadas a dar participación a los laicos en la vida religiosa. A partir del XVI en el Reino de Valencia, estas órdenes terceras irán

---

11. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, José, *Compendio Histórico Oriolano*, 17 vols. Manuscrito conservado en la Caja Rural Central de Orihuela. Con paginación de la época equivocada. Existe copia microfilmada en la Biblioteca Pública de Orihuela, Libro XV, f. 68 y 69.
12. Ibídem, f. 65 y 66.
13. Ver en De Orellana, Marcos Antonio, *Tratado histórico-apologético de las mujeres emparedadas*, Valencia, Imprenta de la Casa de Beneficencia, 1887. Y en Pons Fuster, Francisco, «Monjas y beatas. Mujeres en la espiritualidad valenciana de los siglos XVI y XVII», *Valencianos en la Historia de la Iglesia II*, Valencia, 2008, p. 187-276; en el mismo autor en «Mujeres y Espiritualidad: las beatas valencianas del siglo XVII», *Revista de historia moderna, nº 10*, 1991, p.71-96; y también del mismo autor, *Místicos, beatas y alumbrados*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991, p. 143-175.
14. Bellot, Pedro y Juan Torres Fontes, *Anales de Orihuela (siglos XIV-XVI)*, Murcia, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 2001, p. 337. También en Vilar, Juan Bautista, «Los Siglos VIV y XV en Orihuela», *Historia de la Ciudad y Obispado de Orihuela*, tomo III, Murcia, Patronato «Ángel García Rogel», (1975-1981)., p. 349. Y en Hinojosa Montalvo, José, «Ermitas, conventos y cofradías en tierras de Alicante durante la Edad Media», *Anales de la Universidad de Alicante, Historia Medieval*, Nº 8, 1990-1991, p.257-300.
15. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, J., *op. cit.,* Libro VI, f. 265-278. También en Vilar, Juan Bautista, «Orihuela una ciudad valenciana en la España Moderna», *Historia de la Ciudad y Obispado de Orihuela*, tomo IV, Murcia, Patronato «Ángel García Rogel», 1975-1981, p. 463-467.
16. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, J., *op. cit.,* Libro VI, f. 265-278. En Atienza López, Ángela, *op. cit.*, la autora describe como en la edad moderna era bastante habitual la conversión de beaterios en conventos. Y en Andrés Martín, Melquíades, «En torno al estatuto de la mujer en la España en la crisis religiosa del Renacimiento: observantes, beatas, alumbradas», *Norba. Revista de historia* 10, 1989, p. 155-172., que nos presenta también la conversión de algún beaterio en convento.

poniendo bajo su protección y/o control a las beatas[17], pero esto no implicó una total erradicación de las no adscritas a estas instituciones.

Por lo que respecta al origen social de las beatas, su procedencia fue de muy diverso tipo, desde la pordiosera Beatriz Ana[18] a la noble Patricia Rocafull y Soler[19] de la casa de los condes de Albatera, quien fue la primera superiora del beaterio de Santa Lucía, y que llegó a ser famosa por su voto de pobreza y por destinar todo dinero que caía en sus manos para socorrer viudas y mujeres desamparadas.

En cuanto a sus familias, en las fuentes, se suele repetir como un arquetipo que todas provenían de familias muy religiosas y que durante la niñez ya mostraban claras inclinaciones a la vida religiosa; incluso muchas de ellas tenían familiares muy cercanos que eran religiosos. Así por ejemplo, la citada alicantina Sor Inés de la Cruz tenía un hermano que era un famoso canónigo y escritor. También es conocido el caso de Sor Rufina Ros de Jesús[20], la cual era sobrina del Venerable hermano Gerónimo Tomás de Casanova Sanchiz, célebre místico que vivió en Granada durante el XVII.

A diferencia de las monjas, las beatas no estaban en total clausura; muchas de ellas cuidaban enfermos, ayudaban a los pobres y realizaban otras tareas relacionadas con la caridad. Por ejemplo, entre las actividades que tenían que realizar las beatas de Santa Lucía estaban las de enseñar a las niñas de la ciudad de Orihuela[21] a coser, bordar, hilar al torno, leer en latín y en castellano.

Sin embargo, la fama de muchas de estas mujeres no radicaba en que fueran solamente beatas –pues existieron muchas de las cuales solo nos han llegado los nombres y a veces ni siquiera eso– sino porque se trataban de místicas o visionarias. El misticismo es un «estado extraordinario de perfección religiosa, que consiste esencialmente en cierta unión inefable del alma con Dios por el amor, y va acompañado accidentalmente de éxtasis y revelaciones»[22]. No todas las beatas fueron místicas, aunque sí es cierto que muchas lo intentaron, casi todas tuvieron un vida ascética y experiencias de carácter sobrenatural, lo cual era bastante habitual en aquella época.

Desde la Edad Media tenemos varios ejemplos de mujeres místicas en la Europa cristiana que alcanzaron gran fama y reconocimiento. Entre las más famosas estuvieron: Hildegarda de Bingen, Ángela de Foliño, Catalina de Siena, Teresa de

---

17. En De Orellana, M. A., *op. cit.*, p. 24-26, se muestra como en el Sínodo de 1566 en el Arzobispado de Valencia se intento regular y controlar los beaterios emperadamientos, al parecer, sin demasiado éxito.
18. Ver en Pérez, T., *op. cit.*, en el capítulo 5, p. 18-21.
19. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, J., *op. cit.,* Libro VI, f. 272 y 273.-278.
20. Seguramente se trató de una de las afamadas y prestigiosas, ya que aparece en numerosas fuentes influyendo en varias beatas, así por ejemplo es citada en numerosos pasajes de la obra de Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, J. y en la Pérez, T,. Véase también en Herrero Herrero, Mª Ángeles, «Escritoras de la Gobernación de Orihuela...», p. 8 y 9.
21. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, J., *op. cit.,* Libro VI, f. 268. Por lo otro lado en Goñi Gaztambide, José, «Las Beatas o Dominicas de la Enseñanza, de Pamplona», *Archivo Dominicano, Anuario* 16, 1995, p. 43-68, se muestra un caso de un beaterio también de dominicas en Pamplona que se dedicaban a la enseñanza de las niñas de las familias más pudientes y que cobraban por ello.
22. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, XXII Edición, 2001.

Ávila, Juana Inés de la Cruz, etc[23]. En la gobernación de Orihuela a fines del XVII contamos con algunas como Úrsula Micaela Morata (1628-1703)[24] en Alicante o Rufina Ros de Jesús (1658-1697) en Orihuela. Muchas de estas místicas dejaron por escrito sus vidas, experiencias y revelaciones, por consejo de sus confesores[25] y algunas fueron publicadas, gracias al apoyo de sus respectivas ordenes o/y el apoyo del poder civil, pues se pensaba que podían servir de ejemplo de vida cristiana y fomentar el apostolado.

Estas visionarias como medio para alcanzar esa unión con Dios, utilizaban numerosas penitencias que iban desde el ayuno y la vigilia hasta los castigos corporales. Así por ejemplo Jerónima Palenciano[26] (1702-1769), terciaria carmelita y residente en Orihuela, desde muy niña ayunaba las cuaresmas enteras; y no solo ayunaba de comer carne, sino que también ayunaba a pan y agua. El resto del año ayunaba los miércoles, viernes y sábados; también hacía disciplinas de sangre, que solía realizarlas los sábados por la noche, siendo muy despiadada en estas penitencias.

Los arrobamientos o éxtasis eran otra de las características de estas mujeres, por las que el alma se embargaba de un sentimiento de alegría, consiguiendo la unión mística con Dios. En el caso de Manuela de las Llagas de Cristo y Jiménez[27], beata de Santa Lucía, Montesinos nos cuenta que sus raptos y éxtasis eran tan largos, que a veces permanecía en ellos entre seis y ocho horas, tan fuera de si misma que nada sentía aunque la atormentaran.

Las apariciones de santos, de la Virgen, del mismo Jesús o de algunos signos sobrenaturales solían ser también habituales. Así, a Catalina Escriba[28] (1697-1770) de la orden tercera carmelita, se le apareció una cruz en el aire estando en la iglesia del Carmen de Orihuela.

La presencia de demonios igualmente eran una constante[29], tentándolas, atacando sus sentidos e incluso con agresiones de carácter físico. Nos cuenta el Padre Montesinos que a María López Días de Callosa del Segura[30] (muerta en 1591) Lucifer celoso por sus virtudes «la perseguía a sangre y fuego visiblemente e invisiblemente», y que ella conseguía burlar sus asechanzas invocando el nombre de Jesús.

---

23. Véase Chiaia, María (coord.), *El dulce canto del corazón, Mujeres místicas desde Hildegarda a Simone Weil*, Madrid, Narcea, 2006. Se trata de un compendio de artículos en el que se nos muestran algunas de las más afamadas místicas de la historia.
24. Herrero Herrero, Mª Ángeles, «Escritoras de la Gobernación de Orihuela...», p. 7 y 8.
25. Ibídem, p. 14, y también en la misma autora en «Per manament del confessor: l'escIat de l'autobiografia femenina en l'edat moderna. El cas del *dietari* espiritual de la il·licitana sor Gretrudis de la Santíssima Trinitat», *Ítaca, Revista de Filología, Núm. 1*, Alacant, Universitat d'Alacant, 2010, p. 179-190. Véase también Lavrin Asución y Rosalva Loreto López, *Monjas y betas: la escritura femenina en la espiritualidad barroca novohispana siglos XVII y XVIII*. Universidad de las Américas-Puebla, 2002.
26. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, J., *op, cit.*, Libro V, f. 827 y 828.
27. Ibídem, Libro VI, f. 272, 273 y 272 bis,
28. Ibídem, Libro V, f. 824-826.
29. Ver en Morgado García, Arturo, *Demonios, Magos y Brujas en la España Moderna*, Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999, p.36-40. Ver también en el mismo autor «Ángeles y demonios en la España del Barroco», *Chronica Nova*, 27, 2000, p. 107-130.
30. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, J., *op, cit.*, Libro V, f. 829 y 830.

En la vida de todas ellas tuvieron una gran importancia los confesores[31], como guías espirituales e incluso terrenales, que las ayudaron en su fama y promoción social. La agustina Beatriz Ana[32] llegó a tener tres, un agustino, un franciscano y un carmelita, cuyas influencias en su espiritualidad y reconocimiento social fueron esenciales.

En definitiva, las visionarias y las beatas fueron unas mujeres que vivieron con intensidad la espiritualidad moderna. También se convirtieron en unos arquetipos de mujeres cuyo objetivo era servir de ejemplo para el resto de cristianas. Algunas de éstas, llamadas también «heroínas»[33], alcanzaron gran notoriedad. Uno de los elementos que nos pueden ayudar a medir su prestigio social son las ceremonias funerarias, como la que se ha relatado al principio del artículo. Otro elemento eran sus tumbas[34] que en numerosas ocasiones solían ocupar lugares de preeminencia dentro de las iglesias, pudiendo convertirse en lugares de peregrinación. Era una de las pocas oportunidades que las mujeres tenían en la Edad Moderna de acercarse en honores y fama a los hombres.

Hasta aquí la primera parte, en la que se ha hablado de las beatas en general y de las de la Gobernación de Orihuela. En la siguiente apartado se estudiará a las de Guardamar, aunque previamente se realizará una breve descripción de la villa en época moderna.

Guardamar en la Edad Moderna

Guardamar está en el sudeste de la península ibérica en la desembocadura del río Segura. Pertenecía al Reino de Valencia, situándose en lo que entonces se denominaba la Gobernación de Orihuela, que incluía a la ciudad de Alicante. En el año 1692 consiguió la independencia definitiva de Orihuela titulándose Villa Real[35].

En cuanto a su demografía durante la mayor parte de la Edad Moderna rondaría los quinientos habitantes[36], siendo la única población de toda la costa entre Alicante y Cartagena. Se trataba de un lugar amurallado con un castillo, y una de sus principales funciones era la de servir para defensa y vigilancia contra la piratería[37], protegiendo la zona interior de la Vega Baja del Segura y el término de Elche.

---

31. Ver en Pons Fuster, F., *Místicos, beatas...,* p. 156-158.
32. Véase en Pérez, T., *op. cit*., p. 31-34, p. 76-78, p. 240-245.
33. El termino heroína es empleado por Montesinos para referirse a aquellas mujeres que se distinguieron por destacar en cuestiones religiosas, sobre todo de carácter místico y visionario, por lo que incluiría también a todas aquellas que profesaban las Segundas Ordenes.
34. Para ver la jerarquía espacial de los enterramientos en época moderna véase a Alemán Illán, Anastasio, *Actitudes Colectivas ante la muerte en Murcia durante el siglo XVIII*, Tesis Doctoral dirigida por Dr. Javier Gillamón Álvares, Universidad de Murcia Facultad de Filosofía y Letras, 1992. p. 324-327.
35. Véase en Martínez Teva, C. y García Amorós, J., *Concesión del título de Real Villa A Guardamar*, Ayuntamiento de Guardamar del Segura, Guardamar del Segura, 1992.
36. En Bernabé Gil, David, «Guardamar en la Edad Moderna», en *Guardamar del Segura, arqueología y museo: museos municipales en el MARQ:[MARQ, diciembre 2010-febrero 2011]*, Alicante, Museo Arqueológico de Alicante-MARQ, 2010. p. 198-211.
37. En *Description et Relacion de Guardamar, se* trata de una copia digital localizada en el MAG (Museo Arqueológico de Guardamar) procedente del Instituto de Historia y Cultura Militar, es una carta de

Sus habitantes se dedicaban especialmente al trabajo en las salinas de La Mata,[38] pues gran parte de la población no poseía tierras en la huerta[39], que estaban en manos de la nobleza de Orihuela, de propietarios de Almoradí e incluso de algunas órdenes religiosas como los dominicos[40] o los agustinos[41] de Orihuela e incluso de la propia Inquisición[42]. Los principales cultivos eran el cereal[43] (trigo y cebada) y la vid[44]. La zona del *bobalar* o *boalar*[45], situada en las pequeñas elevaciones de la margen derecha del río Segura, era de uso comunal para el abastecimiento de carnes de la población, aunque es posible que durante algún tiempo a lo largo del año fuera arrendada como ocurría en la vecina Orihuela[46]. Al encontrarse en la costa la pesca era otra de las actividades económicas de la población, la cual se realizaba con embarcaciones de poco calado[47]. El otro espacio era la *Pesquera*, que estaba situada donde desaguaba el río en el almarjal, el cual solía arrendar el Ayuntamiento[48].

El estamento religioso en Guardamar era escaso, pues la población carecía de conventos y monasterios. Tan solo contaba con una parroquia que tenía una Iglesia de origen medieval, un hospital u hospicio (de gestión municipal) con una ermita dedicada a Santa Lucía y la ermita de San Roque al lado de la puerta de la ciudad. Tomás Pérez nos dice que solía haber todo el año de dos a tres confesores[49]; Montesinos, por su parte, en una fecha más tardía nos indica que la Parroquia se componía de cura propio, dos vicarios perpetuos, de algunos beneficiados, sacristán mayor, archivero racional, organista, dos sacristanes y dos infantillos[50], por lo que confirma el dato aportado por Tomás Pérez de un máximo de tres sacerdotes (el cura y dos vicarios) que pudieran confesar. El origen de la mayor parte de los

---

3 folios en francés, con un el siguiente número de anotación 3736, fechada el 2 de agosto de 1721. El museo tiene una traducción en castellano en la que me he basado en gran parte.

38. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, José, *Compendio Histórico Oriolano*, Libro XV, f. 18, y en MAG (copia digital de una carta de 3 folios) *Description et Relacion de Guardamar* (1721), y también en Vilar, Juan Bautista, «Orihuela una ciudad valenciana en la España Moderna», *Historia de la Ciudad y Obispado de Orihuela*, tomo IV, Murcia, Patronato «Ángel García Rogel», (1975-1981)., p. 617-621.
39. En Bernabé Gil, D., *op. cit*., p. 206.
40. Vilar, J. B., *op. cit*., p. 436.
41. Archivo Histórico Nacional, Legajo 104, documentos: 106, 115 y 125.
42. Ver en Más Galvany, Cayetano, «Els últims temps de la inquisició al Marquesat d'Elx (1750-1819). Les estructures.», *La Rella*, 18, 2005, p. 11-39.
43. Hurtado Aldeguer, Norberto, «La política agraria de Guardamar en el S. XVIII: aumento de regadío y alteración del término municipal», *Alquibla. Revista de Investigación del Bajo Segura*, 4, 1998, p. 569-591.
44. Vilar, J. B., *op. cit.*, p. 540.
45. Hurtado Aldeguer, Norberto., «Una aproximación histórica al aumento de la superficie de cultivo: bonificaciones y roturaciones en Guardamar del Segura durante el inicio del crecimiento agrario en el siglo XVIII», *Azarbe*. Revista de Fiestas Moros y Cristianos en honor a San Jaime, Guardamar del Segura, 1994, p.5 y 7.
46. Vilar, J. B., *op. cit.*, p. 550-557.
47. *Ibídem* p. 622.
48. Montesinos Pérez Martínez De Orumbella, J., *op. cit.,* libro XV, f. 6.
49. Pérez, T., *op. cit*., capítulo 3, p. 14.
50. Montesinos Pérez Martínez De Orumbella, J., *op. cit.,* libro XV, f. 27

curas parroquiales era del propio Guardamar y, en su defecto, de Orihuela u otras poblaciones del obispado orcelitano. En cuanto a la formación de los sacerdotes no debía ser mucha, a tenor de los comentarios de Tomas Pérez, pues dice entre otras cosas que eran «nada versados en puntos ascéticos», de hecho según Montesinos solo unos pocos tenían estudios superiores.

Las festividades religiosas,[51] como era habitual en aquella época, marcaban el ritmo de la vida. Además de las fiestas comunes del cristianismo católico: Navidad, Cuaresma, Semana Santa, Corpus Christi etc. Guardamar contaba con las propias, que habían surgido de su devenir histórico. La más importante era la de su Patrón Santiago el 25 de julio, que consistía en la celebración de misas cantadas y procesiones. La Virgen del Rosario era la patrona y tenía dos celebraciones: una en mayo y otra en octubre «a expensas de su Ilustre Cofradía»; la imagen de la Virgen también se sacaba en las rogativas para pedir la lluvia en los momentos de sequía. San Pedro Apóstol tenía sus propias celebraciones, tal vez porque parte de la población se dedicaba al mar. En Guardamar también había otro Santo Patrón, San Roque, con el que según Montesinos, se realizaba una procesión «con asistencia del Muy Ilustre Ayuntamiento», pues se afirmaba que San Roque había protegido a Guardamar en la Peste de 1678.

Pero sin duda, si hay que destacar un momento por su importancia religiosa sería la Cuaresma[52]; este era un periodo de gran fervor religioso, en el cual las órdenes mendicantes de Orihuela: agustinos, dominicos, franciscanos, carmelitas y a partir de 1695[53] jesuitas, salían a realizar las misiones populares, cuyo propósito, como nos dice Vilar[54], era «vivificar la fe y mejorar las costumbres de unas gentes privadas de cuidados pastorales continuados o sumidas en la rutina de la práctica religiosa cotidiana». Dichas misiones consistían, entre otras cosas, en emocionantes sermones de larga duración, concentraciones masivas en el templo y rogativas públicas.

Una parte importante de las misiones era la celebración del sacramento de la confesión, pues en una villa pequeña debía resultar más cómodo confesarse con alguien de fuera, que con alguien que era vecino que se solía ver casi todos los días. En el caso de las mujeres parece ser que les afectaba más este tipo de situaciones, pues según los misioneros, los pecados más comunes eran las confesiones sacrílegas por ocultar la penitente a su párroco determinadas faltas, sobre todo las cometidas en su vida matrimonial. Por lo tanto, se puede concluir que estas misiones despertaban entre el público femenino una gran expectación. También era una buena oportunidad para que todas aquellas mujeres con inquietudes religiosas entraran en contacto con las órdenes y se decidieran a entrar en una de ellas.

---

51. Ibídem, f. 34-33bis.
52. Ver en PÉREZ, T., *op. cit.*, en los capítulos 3, 4, 8 y 9. Ver también en RICO CALLADO, Francisco Luis, «Las misiones interiores en España (1650-1739): una aproximación a la comunicación en el Barroco», *Revista de Historia Moderna Anales de la Universidad de Alicante* nº 21, 2003, p. 189-210. Y en BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier, «Ciudades, misiones y misioneros jesuitas en la España del siglo XVIII», *Investigacioines históricas: Época moderna y contemporánea*, 18, 1998, p. 75-108.
53. En VILAR, J. B., *op. cit.*, p. 457.
54. Ibídem, p. 417.

Las beatas de Guardamar

El momento de esplendor de las beatas y visionarias de Guardamar ocurrió de forma pareja al del resto del Reino de Valencia en el XVII[55]. Conocemos al menos la existencia de cinco de estas mujeres[56], que debieron tener gran fama; en la mayor parte de los casos no sabemos la fecha de sus nacimientos, pero sí la de sus muertes.

Por orden cronológico la primera sería Eugenia María Gil de Martínez y Lillo[57], hija de Jacinto Gil Martínez, y de Juana Lillo. Vistió el hábito de la tercera orden franciscana el 30 de agosto de 1599, siendo su confesor el reverendo visitador fray Mariano Marceras, varón diestro en dirigir almas. Parece que vivió en Guardamar hasta que en 1627 se avecindó en Orihuela.

Según el padre Montesinos, debido a la influencia de su confesor adquirió grandes virtudes, entre las que destacaban las siguientes: amante oradora, poseía una gran caridad, le gustaba tanto el retiro que parecía un anacoreta, su modestia era tan grande que llevaba siembre sus ojos fijos en tierra, sus penitencias y mortificaciones eran admirables y también su frecuencia en los sacramentos diarios.

Fue muy devota del Misterio Inefable de la Santísima Trinidad, y cuando oía cantar en el coro el símbolo del glorioso obispo San Atanasio: *Cumque ult Salvus* esse, sentía en el alma un especialísimo gozo, por lo que no dejaba de acudir –por ocupación que tuviera– todos los domingos por la mañana a la Santa Iglesia Catedral de Orihuela, según contaba su historiador Fray Roque de Sepúlveda.

Según las fuentes, murió muy feliz y gloriosa en la fe, asistida de los Santos Ángeles Miguel, Rafael, María Santísima, y de Jesucristo en forma de un niño muy agraciado el 13 de octubre del año 1635. Fue sepultada con magnífica pompa y ostentación en la Iglesia del convento de Santa Ana de los Padres Franciscanos de Orihuela, al lado de la capilla de Santa Rosa de Viterbo. Suyo sepulcro fue muy frecuentado durante muchos años por los vecinos de Orihuela, que fervorosos acudían a pedirle consuelo.

Otra beata fue Juana María Alulayes y Lillo[58], mujer que –según las fuentes de que disponemos– era muy agraciada de cuerpo y hermosa de rostro. Entres sus virtudes destacaban las siguientes: éxtasis, discreción, afabilidad, prudencia y entendimiento muy despejado. Por todos estos motivos fue pretendida por muchos nobles de Orihuela para desposar, pero siempre se mantuvo casta y pura.

También fue muy dada a dar limosna y a ser caritativa con los pobres y con las ánimas del Purgatorio, por lo que –según las fuentes– padeció grandes sufrimientos por ellas. También practicó duras disciplinas en su cuerpo, entre otras llevaba en la espalda una cruz de madera con las puntas de acero, para dominar su carne y que estuviera sujeta a su espíritu.

---

55. Ver en Pons Fuster, F., *Místicos, beatas...,* p. 145.
56. La principal fuente de estudio para la mayoría de estas estas beatas es Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, José, *Compendio Histórico Oriolano*.
57. Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, *op. cit.*, Libro XV, f. 57-59.
58. Ibídem, f. 70-71.

Por los datos antes mencionados, referidos a los pretendientes nobles y su afición a las limosnas y a la caridad, podemos suponer que se trataba de una mujer de familia acomodada[59]. Al igual que Sor Eugenia, ingresó en una de las órdenes terceras, en este caso la del Carmen. Falleció el 12 de junio de 1643, siendo sepultada en la Capilla Mayor de la Iglesia de Guardamar del Segura.

Así mismo sabemos algunos aspectos de la vida de Salvadora Vives de Alulayes y Mirons[60], hija de Don Pedro Vives, capitán de las milicias valonas del Reino de Valencia, y de Doña Jesualda Alulayes de Mirons[61]. Entre sus virtudes, sus biógrafos destacaban el don de la profecía, la penitencia y la caridad con los pobres y enfermos. También consta que hablaba con Jesús, que se le aparecía y al cual rogaba e intercedía por los pecadores. También tenemos testimonios de que se le aparecía María Santísima, San José y otros santos. Finalmente murió en Guardamar el día 21 de octubre de 1653, y seguramente fue enterrada por sus méritos en la Iglesia de Santiago de Guardamar en un lugar de prestigio.

Finalmente, en la misma época nos encontramos con Catalina Alulayes Fernández[62], hija de don Manuel Alulayes y doña Isabel Fernández. Ésta destacaba por su fervor al Santísimo Eucarístico Sacramento, en cuya contemplación pasaba días y noches arrobada, estática y suspensa, sin comer ni beber.

Las fuentes nos cuentan, que por ese motivo, los demonios llenos de envidia la perseguían con perversa obstinación. Se cuenta, que un día estando sometida a rigurosos tormentos que los demonios le daban, sintió la presencia de «Su Protector», el Arcángel San Miguel, quien le dijo que Jesús estaba haciendo pruebas para hacerla esposa suya. Los demonios solían rendirse y huir por la constancia y resistencia de Catalina, pero siempre volvían con insistencia, obscureciéndole el entendimiento, llenándola de dolores, atormentándola furiosamente e intentándola ahogar; le decían (y cito a Montesinos): «Desespera perra, desespera», y ella respondía: «Aunque me maten he de esperar en el Señor». Según nos cuentan acudía María Santísima a su socorro de forma visible y la consolaba.

Además del combate de demonios destacaba socorriendo a los necesitados, sobre todo a las viudas y doncellas pobres, haciéndoles la cama, limpiándolas y dándoles con qué se pudieran alimentar. Según el padre Montesinos, murió dulcemente asistida por los ángeles el 20 de abril de 1658.

Con estos ejemplos y modelos de mujer nació en 1666 la más carismática y mejor conocida de todas las beatas y visionarias de Guardamar: Beatriz Ana Ruiz[63].

---

59. Ver en Galiano Pérez, Antonio Luis, *Joseph Claramunt Vives de Alulayes y Lillo, un canónigo oriolano en el siglo XVIII*, Alicante, Editado por el autor, 1999, p. 45-47, y también en las p. 181-184, el autor realiza una reflexión y un estudio sobre las familias Alulayes y Lillo, concluyendo la importancia de ambos linajes en el Guardamar moderno, y de los numerosos familiares que destacaron en las armas y en la religión.
60. Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, *op. cit.*, Libro XV, f. 68-69.
61. Montesinos la menciona con esos apellidos, en vez de poner Jesualda Alulayes y Mirons.
62. Ibídem, f. 65-66.
63. Existe una extensa bibliografía sobre Beatriz Ana, aunque casi todo lo escrito sobre ella se basa en tres obras: la primera por orden cronológico es la de Boix, Matías, *Oración fúnebre en las honras de... Beatriz Ana Ruiz, Hermana professa en la Tercera Orden del Glorioso Padre San Agustín, predicó en la... Iglesia del Señor Santiago Apóstol de la villa de Guardamar, el día 29 de Diziembre del año 1735...*,

Sus padres eran Pedro Ruiz y Juana Ana Guill, ambos naturales de Guardamar y de orígenes humildes[64], algo que parece contrastar con el resto de mujeres anteriormente mencionadas. Sus padres, como solía suceder en estos casos, eran personas muy religiosas, especialmente la madre.

A Beatriz la casaron por motivos económicos a la edad de catorce años, pero en poco tiempo quedó viuda, con un niño y en la miseria[65]. Por ese motivo la volvieron a casar empeorando la situación, ya que dio con un maltratador[66], lo que entonces se llamaba un «celoso». Muchos fueron los maltratos y palizas que le propinaba su marido, que intentó matarla en dos ocasiones; en aquella época solía ejercer de porqueriza por los montes cercanos en compañía de su hijo, descalza y con harapos.

Los hermanos de Beatriz procuraron poner remedio a esta situación denunciando al marido varias veces ante la justicia, que lo separó de su mujer en repetidas ocasiones. El asunto debió de ser muy conocido, pues incluso en varios momentos los responsables de la justicia llegaron a actuar de oficio. Pero Beatriz siempre volvía con su marido. Esta situación derivó en un sentimiento de culpa, pues la «Venerable de Guardamar» responsabilizaba de su situación a sus pecados[67], por lo que intentó purgarlos con una vida mucho más religiosa.

Según las fuentes, el primer milagro le sucedió tras una confesión en 1697 en la que se le apareció Jesucristo[68], pero como todavía estaba en poder de su marido, que intentaba reprimir su religiosidad, Beatriz no pudo ejercitar su vocación divina, hasta que dos años después murió su marido. Volviéndose a quedar otra vez viuda, en la más absoluta pobreza, con dos hijas y con otra en camino. También por esta época murió su hijo.

Fue en ese momento, según su biógrafo Miguel Pujalte: «Viéndose Beatriz del todo desamparada de consuelo humano, acudió al Divino, ciñéndose un áspero cilicio a su cintura, que llevó, sin quitárselo, muchos años, hasta que por la obediencia se lo mandó quitar, por habérsele entumecido toda su carne, y podrido y llenado de gusanos. Todas las noches tenía disciplina, hasta verter su sangre, y las empleaba en altas contemplaciones»[69].

Lamentablemente esas ocupaciones no le daban para comer ni a ella ni a sus hijas, por lo que tuvo que ejercer de lavandera. Fue en ese momento, según sus biógrafos, cuando el demonio se introdujo en Beatriz causándole interminables

---

Orihuela, Imp. Francisco Cayuelas, octubre de 1736; la segunda es la mencionada anteriormente de Pérez, Tomás, *Vida de la venerable madre sor Beatriz Ana Ruiz*, Valencia, Oficina de Pascual García, 1744, esta obra es la más completa de todas e incluye todos los datos de la primera y se base en gran medida el el diario de Miguel Pujalte y en entrevistas a familiares y vecinos de Guardamar; por último la de Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, José, *Compendio Histórico Oriolano*, 17 vols., escrita a finales del XVIII y principios del XIX, que aporta algún dato interesante referidos a su sepultura y a su trascedencia histórica a lo largo de 2ª mitad del XVIII.

64. En Pérez, T., *op. cit.*, capítulo 1, p. 5-9.
65. Ibídem.
66. Ibídem, capítulo 2, p. 9-13.
67. Ibídem, capítulo 2, p. 12-13.
68. Ibídem, capítulo 3, p. 13-16.
69. Ibídem, p., capítulo 5, p. 18.

dolores y castigando sus carnes. Todo esto con gran alboroto, pues solía (según Pujalte) «llevarla por las calles con tropelío, dándole fuertes caídas, y con más vehemencia en el templo, que a todos asustaba[70]». Este comportamiento hacía que todos los vecinos, incluidos los sacerdotes, la tuvieran por loca y endemoniada, ya que jamás habían visto tal. Hasta tal punto llegó el comportamiento extraño y escandaloso de Beatriz, que sus parientes la aborrecían y sus paisanos la despreciaban y burlaban de ella.

Pocos oficios podía ejercer con semejantes ataques, con lo que no tuvo más remedio que dedicarse a la mendicidad; iba por las poblaciones cercanas ejerciendo el empleo de pordiosera y en esas tareas había quién le tiraba piedras o la insultaba[71].

Sin embargo, en la cuaresma de 1701 todo cambiará, ya que conocerá a Miguel Pujalte[72], Secretario del Ayuntamiento de Guardamar y al agustino Padre Bale[73], teólogo de fama. Miguel se encargará de ayudarla en lo económico, lo que desataría todo tipo de rumores y sospechas en cuanto a la relación de ambos. Por otro lado, Bale se convirtió en su confesor, guiándola en todo lo espiritual. Al poco, Beatriz decidió vestir los hábitos de la Orden Tercera de San Agustín, aunque su residencia siguió estando en su ciudad natal.

Según sus biógrafos las virtudes de Beatriz Ana fueron numerosas[74]; de hecho parece un compendio de lo que debe ser una buena visionaria: sencillez, inocencia, combate de demonios, capacidad de ver el futuro, comunicación directa con Dios. Pero había otras más, por ejemplo el don de la bilocación, pues era capaz de realizar una intensa obra de apostolado en América[75] estando al mismo tiempo en España. Otra era su capacidad para relacionarse con santos, beatos y venerables una vez muertos; por ejemplo se le apareció Rufina Ros de Jesús en numerosas ocasiones, de la cual muchos pensaban que era su continuadora[76]. Y por último, cabría destacar su capacidad de sanar.

Una de las características más importantes de Beatriz Ana Ruiz fue ser una de las pocas mujeres escritoras de la Gobernación de Orihuela durante la Edad Moderna de la que nos han llegado sus escritos. Al igual que sucedió con otras místicas, Beatriz empezó a escribir por mandato de su confesor[77], pero como no sabía leer ni escribir se lo tenía que dictar a Miguel Pujalte.

Entre sus obras destacan por su volumen las *Doctrinas o revelaciones doctrinales para provecho de almas, enmienda de los vicios y aumento de las virtudes*; otra obra fue *Para la Madre Priora del convento de religiosas de San Sebastián… en la que hay una visión del Purgatorio*, que está escrita en nueve décimas; también escribió el *Poema*

70. Ibídem, p., capítulo 5, p. 19.
71. Ibídem, capítulo 5, p. 20.
72. Ibídem, capítulo 8, p. 31-35.
73. Ibídem, capítulo 9, p. 34-35.
74. Ibídem, capítulos 12 y 13.
75. Ibídem, p. 51, 71, 520 y 594.
76. Ibídem, p. 76, 77, 78 y 89.
77. Ibídem, capítulo 39, p. 170-174.

de la Pasión del Señor: Jesucristo en el huerto; y, por último, compuso varios versos en momentos de arrobo.

Según los biógrafos, cuando Beatriz escribía era un mero instrumento de Dios[78], por lo que sus obras están inspiradas o incluso realizadas directamente por Él, algo que solía ser muy común en las místicas. En cuanto a la metodología de elaboración de los escritos, Beatriz y Miguel se reunían y ella sin parar le dictaba, inspirada por Dios, aunque también consta que en determinados momentos hacía alguna pausa para reflexionar el contenido de sus visiones. Al parecer, sí que había cierto trabajo de filtrado, pues Beatriz no dictaba todo lo que veía, ya que solo lo hacía en la parte que podía servir de enseñanza religiosa-moral. En cuanto al papel de Miguel Pujalte, es bastante probable que mejorara la redacción y depurara el estilo.

Es interesante el proceso de cómo Beatriz pasó de ser rechazada por todos a convertirse en todo un referente en el sur del Reino de Valencia. Pérez nos da algunas pistas sobre qué elementos influyeron en el proceso. Uno de los aspectos en que más enfatiza es la presencia del demonio y de la posesión demoníaca[79]; debemos tener en cuenta que estamos ante una sociedad en que, además de aceptar la existencia de Dios y sus ángeles con su influencia en la vida terrena, también se admitía la existencia del diablo y sus demonios, los cuales interactuaban con los seres humanos en la vida cotidiana. Existía toda una literatura de tratados y manuales para confesores, exorcistas y demás especialistas en la materia que llegaron a constituir una ciencia: la demonología; entre las obras más conocidas de la época se podrían destacar: *Patrocinio de ángeles y combate de demonios* (1652) de Francisco Blasco Lanuza, *La Lucerna Mística* (1671) de *José López Ezquerrá*, y *Práctica de conjurar* (1721) de Fray Luis de la Concepción.

Según los cánones de la época, Tomás Bale juzgó que se trataba de un endemoniamiento por ejecución[80], es decir, que los demonios jamás se habían introducido dentro, ni controlado sus acciones, por lo cual no se había dañado el alma. Este tipo de endemoniamiento, según los tratados de la época, se solía dar en personas de gran virtud e incluso santidad, pues era síntoma de una prueba de Dios y de combate contra demonios.

Su principal biógrafo daba también otros motivos para aceptar la autenticidad de Beatriz como visionaria: la sencillez, su sufrida vida como prueba Divina, su capacidad de realizar predicciones que luego se cumplían, y cómo no, ser mujer y analfabeta, pues se suponía que las mujeres no tenían capacidades intelectuales, y el hecho de que Beatriz las tuviera y fuera capaz de elaborar «doctrinas» se veía como algo milagroso.

No obstante, Beatriz no solamente estaba pendiente de lo divino, sino que también lo estaba de lo humano, y en numeras ocasiones se posicionó en los conflictos de su tiempo. Por ejemplo, en la Guerra de Sucesión Española (1701-1715)

---

78. Ibídem.
79. Este presente en toda la obra de Pérez, T.
80. Pérez, T., nos da una extensa explicación del porque este tipo de de explicación, para lo que se basa en gran parte en la bibliografía sobre demonios y exorcismos expuesta, ver en capítulo 6, p. 21-27.

fue una gran defensora de Felipe V[81] frente al Archiduque Carlos, por lo que después de la guerra seguramente esta actitud la benefició. Y lo mismo ocurrió entre el conflicto del Obispo de Orihuela con las hermanas agustinas del Convento de San Sebastián[82] de Orihuela, a las que dedicó la obra anteriormente citada *Para la Madre Priora del convento de religiosas de San Sebastián… en la que hay una visión del Purgatorio*, posicionándose con el obispo.

La protección y apoyo por parte de las órdenes mendicantes de Orihuela fue también una importante causa de su promoción, pues no solo tuvo como confesor al agustino Bale, sino que también tuvo al anciano Domingo Catalá[83], franciscano que anteriormente lo había sido de Rufina Ros de Jesús, y por último al carmelita Matías Boix[84]. Todos ellos eran personajes con gran influencia en sus órdenes.

El 26 de julio de 1735, tras vaticinar su propia muerte, murió Beatriz[85] entre los brazos de su fiel e incansable Miguel Pujalte, conocido por todos como «el compañero». Tras su muerte se sucedieron los milagros[86] –sobre todo curaciones–, primero en Guardamar y luego en otras partes, tales como Elche, Rojales, Formentera, Catral, etc.; casi todos los protagonistas de estos milagros eran guardamarencos que vivían en estos lugares.

Transcurridos algunos años, su fama se había extendido por el Sur del Reino de Valencia y el Reino de Murcia, siendo conocida como la «Santa de Guardamar»[87]. Durante años su sepulcro –situado en la capilla de la Virgen del Rosario de la Iglesia de Guardamar– se convirtió en un lugar de peregrinación, en donde se decían misas, se ofrecían votos y se hacían súplicas a Dios por medio de su intercesión.

Conclusiones

El objeto de este artículo era exponer la situación de Guardamar como muestra de un tipo de espiritualidad femenina que al parecer tuvo una gran importancia en la sociedad moderna, que se nos presenta como amplio, complejo y diverso, y que debería seguir estudiándose para ocupar su lugar dentro de la historia de género y de la historia de las mentalidades.

Una de las cuestiones que hemos de tener en cuenta en el caso de Guardamar es que las fuentes hasta ahora disponibles nos han retratado a aquellas beatas que además eran visionarias y místicas, y también a aquellas que lograron cierto grado de reconocimiento social (al menos dentro de la población y/o fuera de ella), es

81. Ibídem, capítulo 17, p. 60-64.
82. En aquel momento el Convento de San Sebastian estaba en pleito y conflicto con la jerarquía eclesiástica de Orihuela véase en Vilar, J., *op. cit*, p. 478-483 ,en ese momento su confesor Tomás Bale manda a Beatriz con las citadas monjas, teniendo a la vuelta a Guardaamar una visión del purgatorio lleno de malos religiosos, véase en Pérez, T., *op. cit.*, capítulo 31, p. 108-116. La advertencia y la enmienda a las monjas es más que sugerente.
83. Pérez, T., *op. cit*, capítulo 22, p. 76-78, y en el capítulo 25, p. 88-91.
84. Ibídem, p. 173-174.
85. Ibídem, p. 239.
86. Ibídem, p. 242-245.
87. Ibídem, p. 249-251.

decir, de las llamadas «heroínas». Del resto de mujeres (si las hubo) que vivieron este tipo de espiritualidad no tenemos noticias. Es más que probable que existieran más, pues qué hubiera pasado si la más afamada de todas, Beatriz Ana Ruiz, no hubiera tenido los apoyos de Pujalte y de sus confesores, o si en vez de ganar la Guerra de Sucesión Española Felipe V, la hubiese ganado el Archiduque Carlos, posiblemente nada sabríamos de la Venerable de Guardamar.

Aun presumiendo que hubieran más beatas, sorprende el hecho de que en una población del tamaño del Guardamar moderno existieran tal cantidad de beatas y visionarias, teniendo en cuenta que se trataba de una población de poco más de quinientos habitantes, en la que no había conventos de las órdenes mendicantes, que eran los grandes patrocinadores de este tipo de espiritualidad.

Otro dato importante es que la mayor parte de ellas, cuatro de cinco, vivieron en torno a la primera mitad del seiscientos, que coincide con la «Edad Dorada» de este movimiento espiritual en el Reino de Valencia. Por lo tanto, es muy posible que la coyuntura histórica fuera el motivo de esta explosión del movimiento en Guardamar. También podría haber más motivos, como la influencia familiar. A pesar de que faltan datos definitivos para poder apoyar esta hipótesis, en las cuatro beatas de la primera mitad del XVII se repiten los apellidos Alulayes y Lillo. Por otro lado sabemos que durante gran parte de la primera mitad del XVII el párroco de la población era de Guardamar y se llamaba Juan Alulayes y Lillo[88], que tenía exactamente los mismos apellidos y nombre que Juana María Alulayes y Lillo, una de las citadas beatas; también sabemos que este párroco era licenciado en teología[89] y que fue un religioso muy activo[90]. En el caso de la más tardía, Beatriz Ana, las fuentes son más claras, y sabemos que la Venerable de Guardamar fue un estímulo para que gran parte de sus familiares entraran en religión; así por ejemplo, uno de sus hermanos vivió experiencias de carácter místico y una de sus sobrinas, Juana Alonsa de la Cruz de Rojales, llegó a convertirse en una de las beatas más celebres de la 2ª mitad del XVIII en la Gobernación de Orihuela.

Aunque hubiera conexiones de tipo familiar, que en el caso de Beatriz Ana están muy claras, y que se reprodujeran una serie de patrones o modelos en su comportamiento tales como penitencias, arrobos, milagros, etc., lo cierto es que las beatas de Guardamar eran el reflejo de un mundo muy diverso. Las hubo que

---

88. En Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, *op. cit.*, p., Libro XV, f. 29,47 y 48. Véase también en Galiano Pérez, Antonio Luis, *op. cit.,* p. 45-47, y también en las p. 181-184, el autor realiza una reflexión y un estudio sobre las familias Alulayes y Lillo, concluyendo la importancia de ambos linajes en el Guardamar moderno, y de los numerosos familiares que destacaron en las armas y en la religión; en dicho estudio se menciona –basándose en un retrato de Juan Alulayes y Lillo que hay en la Biblioteca Pública Fernando Loazes de Orihuela– que un tal Juana Alulayes era hermana del mencionado Juan Alulayes y Lillo y bisubuela de Joseph Claramunt Vives de Alulayes y Lillo, aunque no podemos saber con certeza si Juana Alulayes y Juana María Alulayes eran la misma persona.
89. Normalmente los eclesiásticos formados en Teología solían tener más formación en temas místicos, en la obra de Pérez, T., el autor se queja de la escasa formación en Teología y Mística que solían tener los seculares, y frente a ellos presenta la figura de Tomás Balé, confesor de Beatriz Ana y su gran valedor, entre otras cosas como Doctor en Teología. Véase Pérez, T., op. cit., p.1-5.
90. Entre otras cosas fue el fundador de la Cofradía de la Virgen del Rosario en 1614, en Montesinos Pérez Martínez de Orumbella, *op. cit.*, p., Libro XV, f. 24-25.

se encerraron y se retiraron del mundo como Eugenia María Gil de Martinez y Lillo, otras como Juana María de Alulayes y Lillo que se abría a él dedicándose a los pobres y al cuidado de enfermos. Algunas ingresaron en las Órdenes Terceras, otras sin embargo no ingresaron en ninguna. Las hubo pobres como Beatriz, mientras que otras como Juana María –según nos indican los datos de que disponemos– serían de una familia rica.

Y aunque hubo algunas que no entraron en ninguna orden, lo cierto es que de las cinco, tres sí lo hicieron: una en la orden franciscana, otra en la carmelita, y por último Beatriz Ana en la agustina. En el caso de esta última está muy documentada la importancia que tuvieron para ella la influencia de los padres predicadores de las órdenes mendicantes, y cómo a través de sus misiones durante la Cuaresma fomentaron y canalizaron su vocación religiosa. Por las fuentes que tenemos en el caso de María Gil de Martínez de Lillo también debió de ser de una forma perecida.

Pero volviendo a la más conocida y carismática de todas, Beatriz, sin el apoyo de las órdenes mendicantes, pues a pesar de que era agustina, tuvo un confesor agustino, otro franciscano y por último un carmelita, la trascendencia de su figura hubiera resultado imposible. Ellos se encargaron de cambiar la percepción que tenían de ella sus conciudadanos y de fomentar su imagen más allá de Guardamar; al mismo tiempo, consiguieron impulsar su apostolado y vivificar la fe popular en Guardamar y su entorno.

Por último, todas ellas fueron mujeres que eligieron su destino, muchas veces a contracorriente, como la decisión de muchas de evitar el matrimonio con los condicionamientos sociales que implicaba. Pero quien lo tuvo más difícil por muchos motivos sin duda fue Beatriz Ana, teniendo en cuenta su origen social y una coyuntura histórica más adversa –en el siglo XVIII el misticismo empezaba a ser cada vez más cuestionado–. De hecho hoy en día todavía sorprende cómo esta mujer llegó de la marginalidad al ascenso social.